

Título: Viaje a las Antípodas.

Seudónimo: Gandalf.

Gracias por dejarme el asiento, amigo. Soy ya viejo. Soy un anciano. Escuche algo: sin que uno se de cuenta, la vida envía señales. Yo, sin ir más lejos, no sabría decir en qué momento hombres más jóvenes comenzaron a cedermé el sitio. Ahora, tras pagar al conductor, no doy cinco pasos sin que alguien como usted se levante. A veces, en lugar de un hombre, es una mujer. Entonces me dejo llevar por un anticuado instinto. "No se moleste". La mujer insiste. "No es nada, que está usted muy mayor". Nunca tengo opción a discutir. No me quejo, al contrario. Hay quien, de cuando en cuando, finge no verme mientras clava los ojos en el teléfono móvil. Usted, en cambio, es educado. Un caballero.

Habré tomado este autobús una infinidad veces. Varias cada semana, desde hace más de cuarenta años. Hasta hace no mucho era yo quien cedía el sitio. Si he de ser sincero, no sabría decir cuándo cambiaron las cosas. Tal vez ocurriera después de enviudar. En dos semanas me cayeron encima diez años. Se me cubrieron de niebla los ojos, las grietas poblaron mi cara. Supongo, amigo, que así es como uno se hace viejo.

Usted me resulta familiar. Más de una vez hemos compartido trayecto. Comprendo, en cualquier caso, que no se haya fijado en mí. Soy uno de tantos. Un señor silencioso. Camisa blanca, cabellos grises, pantalones gastados. Callado como un monje y con la vista perdida en algún lugar distante. Que viaja sin pensar en nada, o pensando cosas muy tontas.

Hace poco, por ejemplo, calculé que con los kilómetros recorridos del pueblo a Sevilla y de Sevilla al pueblo podría haber llegado muy lejos. Hasta el otro extremo del mundo. A las Antípodas, un lugar tan remoto que no es posible

llegar más lejos, donde el paso siguiente comienza a acercarte a casa.

No fui muy aventurero, lo reconozco. Nunca me alejé. Nuestro viaje más largo fue a Lisboa de luna de miel y, ni siquiera, llegamos a montar en avión. Pero en lugar de cruzar el mundo invertí los kilómetros y la vida en tardes de viernes y sábado con mi esposa en Sevilla. No puedo decir que me arrepienta. Todavía hoy cuando recuerdo aquellos días un ejército de hormigas me recorre el cuerpo.

Ahora sé que me quedan pocos años. Y no le pido mucho a la vida. Recordar, es todo. Me conformo con que sigan quedando personas que me cedan el asiento. Un lugar como éste, cerca del conductor, con una buena vista. Y luego llegar a Sevilla, tomar café, sentarme en una terraza, pasear por la Plaza de España y el Parque María Luisa, esperar a que caiga la noche, volverme al pueblo. Y compartir un trozo de vida. Lo justo que dura este camino. Con usted o con alguien como usted. Con una de esas personas dispuestas a escuchar, que aprovechan el viaje para descubrir un poco más del mundo y de quien viaja a su lado.